

“Recuperar el parque de la gente mala” Límites simbólicos y exclusión urbana en Ecatepec*

“Regain the park from the Bad People” Symbolic boundaries and urban exclusion in Ecatepec

MIGUEL ÁNGEL MONTEVERDE ÁVALOS**

Abstract

This article examines the internal mobilization of symbolic boundaries within a stigmatized working-class neighborhood in Ecatepec. Drawing on an ethnography of the dispute over the rehabilitation of a small community garden, it demonstrates that discursive practices of distinction and categorization are not merely impositions of an external gaze on the space but also internal socialization processes that establish thresholds of respectability. The findings show that these classifications reproduce differential access to public space and become sedimented in the unequal distribution of spatial resources. The originality lies in its micro-scale approach, which documents everyday interactions among actors to show how socio-spatial hierarchies are reproduced. The article concludes that endogenous mechanisms of differentiation contribute to the reproduction of an exclusionary urban order, calling for a rethinking of approaches that attribute symbolic boundaries exclusively to external impositions.

Keywords: territorial stigma, moral classification, urban inequalities, respectability, symbolic violence

Resumen

Este artículo analiza la movilización interna de los límites simbólicos en una colonia popular estigmatizada de Ecatepec. A partir de una etnografía sobre la disputa por la rehabilitación de un pequeño huerto vecinal, se demuestra que las prácticas discursivas de distinción y categorización no son sólo imposiciones de la mirada externa sobre el espacio, sino también procesos internos de socialización que establecen umbrales de respetabilidad. Los resultados evidencian que estas clasificaciones reproducen accesos diferenciados al espacio público y se sedimentan en la distribución desigual de los recursos espaciales. La originalidad reside en el enfoque a microescala que registra las interacciones cotidianas en una red de actores para demostrar cómo se reproducen las jerarquías socioespaciales. Se concluye que los mecanismos endógenos de diferenciación contribuyen a la reproducción de un orden urbano excluyente, lo que implica replantear los abordajes que atribuyen las fronteras simbólicas exclusivamente a imposiciones externas.

Palabras clave: estigmas territoriales, clasificación moral, desigualdades urbanas, respetabilidad, violencia simbólica

* Artículo recibido el 12/11/25 y aceptado el 27/02/26.

** CETYS Universidad, campus Mexicali, Colegio de Ciencias Sociales y Humanidades. Calz. CETYS s/n, col. Rivera, 21259 Mexicali, B.C., México <mig.monteverde@gmail.com>. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0795-4435>.

Introducción

Los estudios socioantropológicos sobre las desigualdades urbanas reconocen el papel de los sistemas de clasificación categorial (Tilly 2000), de las fronteras simbólicas (Lamont y Molnár 2002), de las estigmatizaciones y sus estereotipos asociados (Wacquant 2023, 2025) en la coproducción de violencias en contextos urbanos. Investigaciones actuales en América Latina han evidenciado los efectos situados de esas fronteras simbólicas que, legitimadas por narrativas racializadas, clasistas, de género y de edad (Bayón 2024), estructuran violencias simbólicas que configuran dinámicas urbanas asimétricas y excluyentes (Matossian 2018; Segura 2021; Bayón 2024; Moncrieff Zabaleta 2025).

La mirada relacional de Simmel (2012) aporta un potente giro al estudio de las fronteras simbólicas y de la construcción de lo extraño en la ciudad. Según este autor, la extrañeza es una forma especial de interacción, es decir, de relacionarse. Extraños son aquellos individuos con comportamientos y prácticas que no concuerdan con las formas familiares de estar en el espacio social. El extraño es una forma de ser con otros que aparece cuando alguien no es parte del círculo de pertenencia, y desagrada porque es considerado inferior, logrando afianzar sentimientos de cohesión grupal (Sabido Ramos 2012). Así, el extrañamiento permite construir puentes, difusos y en tensión, entre momentos de distanciamiento y maneras de interacción, entre cercanía y distancia (Simmel 2012). Para decirlo con palabras de Ramiro Segura (2009, 2021), los mecanismos de separar y ligar son operaciones complementarias y constitutivas de los modos de simbolizar y experimentar el espacio.

Desde este ángulo, una forma de conocer los modos de experimentar el espacio urbano consiste en analizar las maneras en que los actores distinguen y, a su vez, vinculan oposiciones binarias en el espacio: “el adentro y el afuera, el interior y el exterior, lo público y lo privado, la mismidad y la otredad” (Segura 2021, 129). Estas distinciones conceptuales y oposiciones binarias operan como límites simbólicos espacializados. En voz de Lamont y Molnár (2002, 168), los límites simbólicos son distinciones conceptuales establecidas por actores sociales para categorizar objetos, personas, prácticas, el tiempo y el espacio. Estas clasificaciones operan como *categorías pareadas* que, al movilizarse, separan a las personas en grupos y generan sentimientos de pertenencia grupal, estableciendo así fronteras (Tilly 2000).

Bourdieu (1991) ha observado que el *espacio simbólico* es una topografía de las categorías cognitivas

con las que clasificamos lugares, personas y grupos sociales. Estas categorías sociales, captadas en oposiciones basales, moldean nuestra forma de pensar y actuar en el espacio urbano (Wacquant 2023, 6). Por su parte, Wacquant (2017, 289) agrega que: “todas las estructuras sociales y mentales tienen correlatos espaciales y condiciones de posibilidad; que la distancia social y las relaciones de poder están expresadas y reforzadas por la distancia espacial”. Estas categorías espacializadas simbolizan la posición del agente en el espacio social y organizan las relaciones entre los actores en clave nosotros-ellos (Segura 2021, 116).

Las zonas periféricas de relegación urbana se vuelven terreno productivo de análisis al ser lugares donde se interrelacionan múltiples procesos contingentes e históricos de violencias estructurales, de fragmentación y de segregación socioespacial. En otro trabajo he cuestionado la imagen externa que homogeneiza la experiencia urbana de la colonia San Agustín (Monteverde Ávalos 2024), al registrar las lógicas internas de desdoblamiento y de negociación de discursos dominantes de temor, estigmatización y criminalización simbólica. Estos discursos externos de desprecio al otro, fuertemente alimentados por marcadores raciales y de clase (Bayón 2024), sustentan los límites simbólicos de y en la colonia.

Desde esta plataforma conceptual, me incorporo a la discusión con un análisis relacional de los modos concretos en que los *límites simbólicos* se movilizan en *interacciones categoriales* para reproducir y negociar jerarquías en el espacio social. El estudio de caso que relato se centra en las relaciones vecinales que se despliegan a raíz de un pequeño conflicto derivado de la habilitación de un huerto en la colonia popular San Agustín, ubicada en el municipio de Ecatepec. Por medio de la observación microscópica de las interacciones entre un colectivo vecinal, autoridades auxiliares municipales y mediadores políticos en el barrio, este caso ilustra cómo se despliegan prácticas discursivas clasificatorias que movilizan categorías para trazar límites simbólicos y recrear umbrales de inclusión/exclusión existentes en el espacio urbano.

Argumento que estas prácticas clasificatorias constituyen procesos de diferenciación interna que, articulando estigmas y estereotipos espaciales, establecen quiénes merecen acceder al espacio público y en qué condiciones. Mis interlocutores llamaban a esto “recuperar el parque de la gente mala” como una forma de desplazar aquellas “figuras abyectas” (Bayón 2024) materializadas en rasgos, marcas y modos de vida, que un sector de la comunidad considera indeseables. El desarrollo y culminación de este conflicto durante mi estancia de campo en San Agustín ilustra la dinámi-

ca relacional desde la que surgen las subjetividades colectivas y se reproducen cotidianamente los límites simbólicos que sostienen los usos diferenciados del espacio urbano. Es decir, estas luchas existenciales entre vecinos tienen eco más allá del barrio: son esfuerzos a pequeña escala por delinear subjetividades colectivas en la ciudad, un *nosotros* que, en el día a día, intenta mantener distancia de la otredad, de un *ellos* juzgado indeseable y amenazante dentro de un orden urbano desigual.

La metodología y el lugar estratégico de investigación

El material empírico de este artículo se desprende de una etnografía más amplia de veintiún meses realizada en la colonia popular San Agustín, entre abril de 2019 y diciembre de 2020, periodo en el que residí en ella. Ésta se ubica en el lecho lacustre del antiguo lago de Texcoco, al sur del municipio de Ecatepec, en la zona oriente de la Zona Metropolitana del Valle de México. Al igual que su municipio, la colonia carga con narrativas estigmatizantes que la asocian con altos índices de violencia y criminalidad urbanas, lo que (re)crea estereotipos negativos y categorías diferenciadoras sobre el lugar y sus habitantes.

La colonia se divide en tres secciones administrativas. Su configuración espacial refleja sus propios procesos de formación y consolidación. Las dos primeras secciones, de mayor antigüedad, mantienen distinciones simbólicas con la tercera, percibida y categorizada por muchos residentes como la zona más peligrosa y rezagada de la colonia. El estudio de caso que presento tuvo lugar en la primera sección, en su espacio público principal y en su huerto urbano adyacente. En este microespacio barrial, enmarcado por el peso del estigma territorial (Wacquant 2023), operan lógicas de desdoblamiento y clivajes internos (Segura 2021): los habitantes utilizan los espacios públicos como escenarios cotidianos para negociar, desplazar y materializar clasificaciones morales entre sí.

El escenario de la investigación fue la disputa ocurrida entre marzo y agosto de 2019 por la habilitación de dicho huerto. Durante esos seis meses, con una inmersión de al menos tres días a la semana, construí la evidencia mediante la triangulación de tres técnicas etnográficas: la observación participante, el registro de numerosas conversaciones informales en el diario de campo y, como medida complementaria, cinco entrevistas en profundidad con integrantes del colectivo, autoridades auxiliares y mediadores políticos del barrio, que fueron de utilidad para compren-

der las percepciones sobre los usos del espacio barrial. Los interlocutores principales fueron seleccionados de modo intencional por su rol en la disputa, aunque las conversaciones etnográficas incluyeron a habitantes en general.

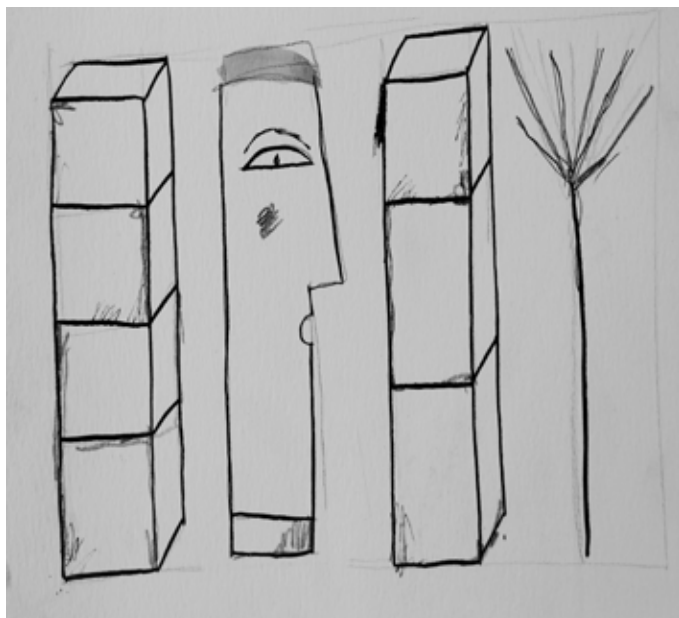
La observación participante, técnica principal de este artículo, la llevé a cabo mediante mi participación directa en el proceso de conformación y operación de un colectivo vecinal. Mi colaboración en su proyecto de recuperación del huerto, que incluyó asesorías en la constitución del colectivo, asistencia a reuniones, participación en actividades de limpieza del parque y presencia en eventos públicos, me permitió un acceso privilegiado al desempeño empírico de las dinámicas de clasificación social y a las tensiones de evaluación moral que atraviesan las interacciones vecinales. El producto es un relato organizado en torno a viñetas etnográficas clave: la formación del colectivo, la intervención de actores políticos, la exclusión de su fundadora y su justificación local, y, por último, la reconfiguración del liderazgo comunitario. Utilicé estas hebras narrativas para hacer una descripción granulada de cómo se negocian y materializan las jerarquías sociales en el espacio urbano. Mi proximidad con los vecinos implicados me ayudó a reconstruir el evento a través de un relato polifónico que recupera múltiples perspectivas presentes según los posicionamientos en el espacio social de la colonia. Los nombres de las personas y del colectivo han sido modificados para proteger su anonimato, excepto el de San Agustín.

El huerto como espacio heterogéneo de disputa

Cargué a Sofía para ayudarla a pasar la entrada del parque, que tenía la reja entreabierto con la finalidad de que una persona transitara a la vez. Ella le pidió ayuda a un desconocido para pasar la silla de ruedas, su mochila raída y una bolsa de plástico negro donde llevaba herramientas de horticultura y botellas rellenas de agua. Caminamos cincuenta metros hasta algo parecido a un huerto urbano. La dejé sentada en el borde de cemento que delimitaba el huerto; el desconocido dejó los objetos cerca de sus delgadas piernas. Sofía exploró en la bolsa de plástico y sacó una botella de Coca-Cola rellena de agua para regar ese pedazo de tierra seca. Después sacó una pala y una libreta vieja que le servía para tomar apuntes. Era la tarde del 13 de abril de 2019. “A veces, cuando me despierto, antes de abrir los ojos, sueño que estoy en otra parte”, dijo Sofía con voz pensativa, mientras observaba la tierra seca del huerto.

En realidad, el huerto era un pedazo de tierra desértica y sin vida, ubicado dentro del parque conocido en la comunidad por su quiosco. La alta salinidad del suelo, la escasa humedad y la infraestructura nula dificultaban la siembra y la cosecha de cualquier brote. De hecho, nunca vi nacer nada allí. Durante los seis meses que frecuenté a Sofía –de marzo a agosto de 2019–, sembramos tomate, papa, cebollín, orégano, sábila. Nada sobrevivió; sólo tropezábamos con cascas de perro, pisadas de algún curioso o basura que el viento arrastraba hacia el interior del rectángulo de cuatro por tres metros limitado por bordes de cemento. Pero para ella era un lugar importante.

Sofía es hija de la empleada de limpieza del centro comunitario Esperanza, ubicado a un costado de este parque, y también desempeñaba un papel en ese lugar. Desde hacía diez años ambas vivían en la tercera sección, la zona más relegada de la colonia. Sofía ejercía como orientadora educativa de adolescentes que habían interrumpido sus estudios básicos. Al no recibir ningún pago por parte del centro, ella cobraba veinte pesos por sesión a los asistentes como “cooperación voluntaria” –acción que le causó muchas bajas entre sus estudiantes y problemas con los padres de familia, pues se suponía que el servicio era gratuito. Al terminar sus clases, visitaba el huerto por las tardes, en ocasiones sola, en otras acompañada de algún estudiante. Su intención era convertir esa tierra sin vida en un proyecto comunitario para el barrio: “hacer un espacio de intercambio de comida, frutos, legumbres y demás productos que dé la tierra, para las familias de la colonia que no tuvieran recursos para comer”.



Esa tarde Sofía estaba furiosa. Un día antes se había enterado de que integrantes del colectivo El Paliacate, vinculado a distintas redes de la Ciudad de México, también estaban interesados en recuperar ese pedazo de tierra. Ese grupo, integrado por cinco o seis jóvenes de la colonia, impartía diversos talleres en la comunidad y exponía sus resultados en un evento anual en ese mismo parque. Incluyeron, en esa ocasión, la recuperación del huerto por medio de talleres de agricultura urbana. Habían colocado carteles por el parque invitando a una inauguración del espacio, sin convocar ni tomar en cuenta a Sofía. Ella sintió que la desplazaron del terreno –que minutos después reconoció como de su propiedad:

Aquí en San Agustín, la gente es mala, te trata mal, no puedes confiar en ella. [El huerto urbano] es lo único que me queda, por eso se lo quiero dejar a mi mamá porque ya ha sufrido demasiado [reviró con gesto de molestia].

Ante lo que percibió como una afrenta a su reconocimiento social, Sofía decidió conformar un colectivo vecinal para formalizar la recuperación del huerto. Los integrantes de El Paliacate nunca regresaron. La disputa que estaba por desencadenarse no sería con ese grupo externo, al menos no de forma explícita, sino entre los propios vecinos de la primera sección.

La formación del colectivo y la productividad de las categorías sociales

Sofía escribió en un papel arrugado “Raíces Sobe-ranas”. Así llamó a la nueva asociación, pero, desde el inicio, el apoyo fue limitado. Invitó a su mamá y a Sara para conformar el colectivo. Sara, una empleada de cincuenta años que trabajaba en una ferretería y conoció en un taller de *coaching* personal, sería la persona de su confianza. Ella sería la última en “traicionarla”, según Sofía. Además, invitó a tres de sus compañeros del centro: Esperanza, Óscar y Rosa. También me extendió la invitación, pero la rechacé por cuestiones de tiempo, así que sólo me comprometí a asesorarla durante el proceso de conformación.

Para conseguir recursos materiales para el colectivo invité a Vicente, un mediador político del extinto Partido de la Revolución Democrática (PRD) con quien desarrollé una amistad durante mi trabajo de campo. Vicente aceptó, pues veía en la ocasión una oportunidad política contra sus adversarios de Morena, que se habían encumbrado en puestos de la colonia.

Dos días después, los interesados nos reunimos con el propósito de conversar con más detalle sobre el colectivo y el evento. Sofía convocó a María del Carmen, Sara, Emilio, Vicente y a mí. Nos presentó a cada uno y nos explicó el objetivo de la reunión.

Les agradezco que hayan venido –su risa nerviosa cubre la conversación. Ellos son –apunta con la mirada a Sara y Emilio– “mis hermanos de camada” y nos van a ayudar a recuperar el huerto de gente que sólo tiene intereses personales, discurrió.

Cuando le tocó hablar a Emilio, un conserje de cincuenta años, orgulloso de su participación en la comunidad, se esmeró en dejar claro que era necesario “recuperar el parque de la gente mala”. No sólo se refería a las personas “con intereses personales” de las que hablaba Sofía, sino también a quienes causaban problemas en la colonia. El consenso de los invitados sintetiza el conflicto en torno al espacio público: la mayoría concordó con el diagnóstico. En realidad, estábamos ante un posicionamiento dentro de los límites morales que se despliegan en el espacio social respecto a un estilo de vida asociado al consumo de drogas, a la delincuencia y a demás actividades ilícitas en la colonia.

Sara lo dejó en claro cuando platicó sobre el deterioro de los espacios públicos en la colonia. Según ella, el problema era que las personas “cretinas y sin escrúpulos” no educan moralmente a su descendencia, y por eso el declive de valores:

El problema es la falta de educación y, sobre todo, de valores. Como tienen hijos a tan corta edad y ellos no terminaron la educación escolar, pero eso tampoco te dan los valores familiares. Pues, no los educan, no los mandan a la escuela, tienen hijos a tan corta edad, tienen entre tres o cuatro hijos. Estamos hablando de personas que tienen sueldos mínimos y se avientan la bronca de tener tantos hijos.

Lo expresado por Sara ilustra cómo, en contextos de relegación urbana, los espacios estigmatizados están lejos de ser territorios homogéneos. Como ha documentado Ramiro Segura (2006; 2009) en asentamientos con características afines, frente al peso de la mirada externa, en el espacio barrial: “proliferan categorías clasificatorias acerca de las personas y los grupos, produciendo de esta manera un efecto de *multiplicación de espacios en un lugar restringido*” (Segura 2021: 124). Al movilizar figuras peligrosas contingentes –sean, en términos de mis interlocutores, lacras, gente mala, gandalla o problemática–, los habitan-

tes de San Agustín articulan relaciones de cercanía y distancia para salvaguardar su propia respetabilidad. A través de estas fronteras morales, los residentes intentan distanciarse de la narrativa hegemónica del orden urbano, desplazando la *mancha territorial* hacia un otro interno considerado indeseable.

Recuperar el huerto que se halla en la primera sección de la colonia no consistía únicamente en rescatarlo del abandono y la suciedad. También implicaba erradicar las formas de vida asociadas a la falta de conciencia cívica, el “gandallismo” y el declive de los valores, marcando así una distinción con criterios internos sobre quién merece habitar legítimamente ese microespacio.

Al final de la reunión, escribieron en media hoja un posicionamiento sobre el evento como un espacio de acción en torno a la conciencia ambiental, para representar diversos discursos de denuncia y proyectos autosustentables. Entre todos le asignamos el nombre de “Verano Verde”. Con eso ya teníamos un objetivo claro para impulsar la acción en la comunidad.

La delegación y el colectivo: criterios morales en y sobre el espacio

La conformación del colectivo Raíces Soberanas coincidió con la llegada de una nueva autoridad local en la primera sección. Patricia, una reconocida dentista del barrio, había ganado la delegación gracias a sus alianzas con los líderes locales del partido Morena, que para aquel entonces había conseguido el 80% de las delegaciones en las colonias del municipio. Su eslogan de campaña prometía “Llevar la cuarta transformación a San Agustín” mediante la seguridad y la recuperación de espacios públicos. Al igual que el resto de su equipo, participaba por primera vez en asuntos públicos y siempre se denominaba “independiente de los políticos”. Esa inexperiencia administrativa se interpretó como “falta de oficio político” por parte de los demás líderes formales de la primera sección.

El trabajo honorífico en la delegación –sin salario ni remuneración económica– generaba niveles moderados de tensión. En sus palabras, era “la rifa del tigre”, debido a la incapacidad de lograr cambios en la colonia desde ese puesto, aunque permitía gestionar ante las autoridades municipales los recursos y servicios para los vecinos de la colonia. Los miembros de su equipo pensaban que era una señora autoritaria, pero ella aseguraba: “prefiero no hacer nada, y que me recuerden como alguien que no hizo nada, a hacer cosas a través de la corrupción”. Poco después de tomar protesta como delegada, Patricia se reunió con

su equipo para realizar “un diagnóstico objetivo de la primera sección”.

Desde su perspectiva, era necesario “moralizar el espacio público de la colonia”, es decir, limpiarlo de lo que Bayón (2024) llamó “figuras abyectas”, como aquellas imágenes abstractas que se inspiran en las características, rasgos, marcas y prácticas consideradas amenazantes en el espacio urbano. Así lo sintetizó Patricia cuando, en un recorrido por el parque, le ordenó a su equipo: “¡Vayan a hablar con ese vagabundo! Parece que está durmiendo en esa parte del parque”.

Estas figuras peligrosas representan inseguridad y riesgo en la primera sección, debido a su asociación con actividades ilícitas y adicciones. La interpretación de la delegada expresa una topografía de categorías que dibuja el “ellos” en la colonia: ellos, la gente mala, están asociados con el uso inapropiado del espacio, con modos de vida indeseables como el consumo de alcohol en la calle, la delincuencia y la agresividad, así como con el “gandallismo”. De este modo, Patricia distingue, en el espacio social, entre aquellos “comprometidos con el barrio” y “ellos”: la “gente mala”. Así lo registré en mi diario de campo:

19 de agosto de 2019. El foro de seguridad organizado por la delegada comenzaba, según la publicidad en un grupo de Facebook, a las 5:00 pm, en el parque de la primera sección. La inexperiencia de Patricia se hizo evidente. El evento no tuvo asistentes. Solo estuvieron presentes tres policías de proximidad, la delegada y tres personas de su equipo. Ella justificó la ausencia de los vecinos por ser muy temprano. Durante una conversación sobre la venta de alcohol en la próxima feria patronal, Patricia expresó su preocupación: “es un causante de la inseguridad en la colonia”.

—**Delegada:** “Es que aquí hay mucha *gente mala*, si se dan cuenta que nosotros metimos el escrito nos pueden caer represalias”.

—**Agente de policía:** “Es que ustedes no van a meter el papel firmando como vecinas, sino que deben meterlo en nombre de la comunidad, por eso son autoridades. Deben creérsela”.

Los gestos de desconcierto de la delegada evidenciaban su larga curva de aprendizaje.

Una tarde, Patricia se enteró de que Sofia y un grupo de vecinos querían recuperar el pedazo de tierra del huerto. Se encontró a Emilio en el parque del quiosco, mientras barría y colocaba unas estacas alrededor de los límites del huerto que servirían de cerco. La delegada le hizo saber a Emilio que estaba interesada en ayudar a recuperar el espacio e incluso ofreció plantas y ladrillos como donación indivi-

dual para mejorarlo. A cambio, le solicitó un lugar al micrófono durante la presentación pública del “Verano Verde”. A Emilio le pareció una buena idea; sólo faltaría hablar con la responsable del colectivo, Sofia.

Los esquemas de percepción de ambos grupos evidencian la fuerza de los repertorios culturales que circulan *dentro* del barrio para significar la otredad despreciada. Los vecinos de San Agustín “se perciben como parte de *grupos distintos* y se relacionan a través de categorías con las que se distinguen y se diferencian” (Segura 2021, 104). En ambos casos, se tiende a patologizar e individualizar las prácticas y sujetos indeseables en la colonia: la drogadicción, la “falta de valores” o la “falta de educación”. La tendencia a construir a este “otro” como un sujeto no deseado y espacialmente peligroso revela una lógica de violencia simbólica que recae principalmente, como veremos más adelante, en los sectores más jóvenes del barrio; una dinámica que dialoga con los hallazgos en otros contextos de la zona metropolitana de la Ciudad de México (Bayón y Moncrieff Zabaleta 2024).

La erosión de la gestión comunitaria y la culpabilización individualizada

En las semanas previas al evento Verano Verde, las tensiones internas se agudizaron y la falta de capital cultural y social de Sofia quedó expuesta. Al igual que otros vecinos de la colonia, Sofia se negó a colaborar con la delegada, pues percibía sus ofertas de ayuda como intentos de subordinación política. Su resistencia tenía eco en una percepción de desconfianza vecinal difundida en el barrio: como nos recuerda Javier Auyero (2001), en las redes de intermediación política no existen derechos ni obligaciones públicas, sino “favores”. Sofia no quería que alguna autoridad participara para no deber nada a nadie. A esa ruptura micropolítica se sumó la dificultad para cumplir con los requisitos burocrático-administrativos del municipio, como la redacción de una solicitud formal para el uso del espacio.

Otros vecinos interpretaron desde el punto de vista moral las limitaciones del capital cultural de Sofia. Su resistencia, por desconfianza, a integrarse a las dinámicas micropolíticas y sus carencias para lidiar con las formalidades de los trámites fueron juzgadas por mis interlocutores como actitudes “manipuladoras y problemáticas”. Al ser catalogada como una “persona problemática” para sobrellevar las relaciones de intercambio barriales, la red de vecinos en la que se movía justificó su progresiva exclusión.

Pasadas dos semanas, Sofia era cada vez más relegada por los integrantes de su colectivo. Sus opiniones

eran descartadas, pues, según sus compañeros, “eran tomadas con el hígado” y “no llegaban a nada”. Su impuntualidad, resultado de las dificultades para rodar una silla de ruedas entre las deshechas calles de la colonia, hizo que los integrantes empezaran a actuar sin su consentimiento. “Ella cree que dispone del tiempo del mundo, pero tenemos cosas que hacer”, me expresó Óscar molesto. La ausencia de Sofía le permitió a Emilio adquirir protagonismo dentro del colectivo. Al ser el único con el conocimiento técnico, consiguió cal, hojas secas, aserrín y construyó un cajón para curar la tierra y con ello comenzar a sembrar; Sara le ayudaba en la faena. Aquel pedazo de tierra, ahora fértil, empezaba a tomar forma de huerto.

Lo cierto es que el escaso capital cultural de Sofía empezó a generar problemas entre sus miembros. “Quiere que le hagan todo”, “Es muy despistada. Se le olvidan las cosas”, eran las críticas comunes que uno escuchaba después de cada reunión en el huerto. Era calificada como ignorante. La ignorancia percibida es uno de los criterios que sostienen las fronteras morales con las que se trazan relaciones de inferioridad y superioridad en la colonia, lo que mis interlocutores traducen como “falta de educación”. Como señala M. Strathern (1997: 129), para transformar a una persona moral en una amoral basta con privarla de conocimiento, como sucede con agentes de los que no se puede esperar responsabilidad alguna.

El ascenso de Emilio tenía una justificación. A diferencia de Sofía, él cumplía con los criterios tácitos de los umbrales de respetabilidad que circulaban en el espacio social del barrio y recreaban en el colectivo: conocimiento práctico y técnico para la labor del huerto, puntualidad, disposición a colaborar con las autoridades formales. Su trayectoria de participación en San Agustín lo posicionaba como un hombre respetable. Sofía, en cambio, acumulaba marcas de descalificación: mujer joven en situación de alta vulnerabilidad, con escaso capital cultural y, sobre todo, percibida como conflictiva por varios vecinos. El peso de las clasificaciones y evaluaciones morales que se aplicaban a la “gente gandalla” del barrio comenzaba a recaer sobre su espalda.

Vicente se retiró del proyecto. Comentó: “La falta de liderazgo de esta niña permitió que *manosearan* el evento. Es muy conflictiva, me va a meter en problemas con la gente”. Al señalar su “falta de liderazgo” le atribuyó la responsabilidad moral individual de un desenlace colectivo.

Una de las razones por las que recurro a estas viñetas etnográficas que parecen anecdóticas es que la exclusión de Sofía revela cómo los límites simbólicos operan de forma recursiva en el espacio barrial.

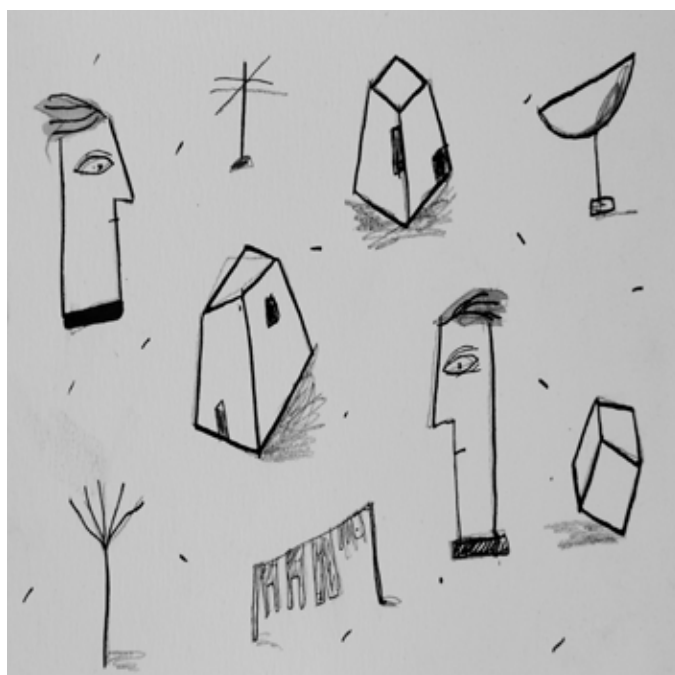
Las mismas categorías morales que el colectivo y una gran parte de los vecinos de la primera sección utilizan para distinguirse de la figura abstracta “gente mala” (falta de educación, comportamiento problemático, falta de valores) ahora fueron redirigidas contra su fundadora. Al adjudicarle de manera unilateral estos rasgos indeseables de personalidad, la gente que la rodeaba naturalizaba un problema estructural: los efectos de la desigualdad en la distribución de oportunidades en el espacio social.

Los rumores y límites morales como marcas de distinción

El día del evento hubo grupos musicales en escena. Punk, rock alternativo y una rondalla de músicos estudiantes fueron los que ambientaron el quiosco en la tarde del 15 de agosto de 2019. Al final, Sofía consiguió el equipo de sonido y los grupos musicales gracias a la colaboración de un profesor de música que también frecuenta el grupo de *coaching* personal en la colonia. Sara organizaba una exposición de pinturas que había conseguido con una amiga de ella. Emilio recibía a los vecinos interesados en el evento.

Al igual que la delegada, las autoridades de la colonia se ausentaron, excepto por Rubén, el regidor municipal del grupo político propietario de Centro Esperanza, que por casualidad estaba allí a esa hora.

Frente a un público de cuarenta personas, Emilio dirigió el evento con el micrófono. Se empeñaba en sobresalir:



—Agradezco la presencia del regidor municipal de Ecatepec, y también de las familias presentes. Éste es el inicio de una serie de eventos que vamos a realizar para mejorar el aspecto de la colonia San Agustín. Comenzamos trabajando en el pequeño huerto y en el quiosco. Somos el colectivo Raíces Soberanas.

—“¡Que hable Sofía!”, le gritaron desde el montón de gente.

Dos hombres ayudaron a subir a Sofía al templete de cemento. Le dieron el micrófono. Estaba nerviosa. Sacó unas notas en un papel arrugado que parecían un discurso: “Les quiero agradecer a ustedes por venir y a mi colectivo por ayudarme a recuperar el huerto. Los quiero”. Le aplaudieron. Fue la única vez que Sofía se subió al templete para hablar en público.

Después de ese evento, el colectivo se deshizo. Los participantes de Raíces Soberanas no sólo se ale-

jaron de ella, sino que también crearon otro colectivo sin incluirla. La exclusión fue justificada.

Para los miembros del colectivo, Sofía no era una persona respetable. Cuando les pregunté por qué la distancia hacia Sofía, hicieron hincapié en la distinción entre las personas “calmadas, como buenos vecinos”, como ellos, y Sofía, como “problemática, gandalla”. Óscar y Rosa decían que Sofía “nos estaba exigiendo y nos decía que mantuviéramos nuestra palabra”.

Emilio mencionó que Sofía “comprometía su tiempo y sus recursos”, y en su descargo dijo que ya le había comentado a ella que tenía otro proyecto de formar una asociación civil. Desde la perspectiva de Emilio, Sofía era “problemática, mentirosa y muy infantil” como para seguir en contacto con ella. Esos criterios morales le sirvieron para excluirla de su nuevo colectivo. La decisión de distanciarse de Sofía llevó a crear el colectivo Sembrando el Futuro, con la intención de “recuperar el futuro de la colonia”.

Yo ya le había dicho a Sofía que me separaría, que abriría otro ente para trabajar en el quiosco. A veces me llamaba o me mandaba mensajes para pedirme cosas que se necesitaban.

Pero los integrantes del colectivo no eran los únicos que la rechazaban. Dentro de la red de conocidos de Sofía se corría el rumor de que podía caminar. Los rumores no sólo funcionan como “armas de los débiles” de las que hablaba James Scott (2016), sino también como una forma social en la que se manifiesta el desprecio hacia los de abajo. Óscar me comentó que, un día antes del evento Verano Verde, fue por ella a su casa y, como todavía no salía, la esperó unos minutos, pero, como había tardado, se desesperó y se asomó en un pequeño agujero que estaba en la puerta de metal del edificio habitacional de Sofía.

Yo no estaba drogado, pero tampoco te puedo asegurar. Pero como soy muy fisgón, la neta, me asomé por un hoyito que hay en la chapa y creo que la miré caminar, le miré el abdomen y luego se sentó en el piso para arrastrarse por las escaleras. ¡Es una locura! ¿Te imaginas que todo sea una mentira? Don Martín también dice que Sofía camina...

Este rumor con tintes capacitistas era recurrente entre el personal del Centro Esperanza para descalificar a Sofía. “Es pura farsa lo de ella”, “Tú te das cuenta por la tonificación de sus piernas”. Sus compañeros la consideraban “deshonesta”, “problemática” y “desagradecida”. Como argumentó Watt (2006), la



respetabilidad de los individuos puede estar ligada a los juicios de otros poderosos, en este caso, de personas con mayor posicionamiento en el espacio social de la colonia. Una tarde, don Martín, el conserje, explotó contra Sofía a la menor provocación de ella por querer cerrar la puerta del Centro Esperanza:

Nadie la quiere aquí. Nadie la quiere en el [Centro Comunitario] Esperanza. Mientras la ayudes es tu amigo, pero si no haces lo que quiere, se vuelve tu enemigo. Ahorita porque le ayudas, te trae muy bien, pero ten cuidado. Ella está mal de la cabeza, está mal de la cabeza: ¿quién en su sano juicio busca problemas? Nadie, ella sí. Ella trabajaba aquí [en el Centro Esperanza], pero la quitaron por ser problemática.

Don Martín no era el único compañero que pensaba así. Julio, amigo íntimo de Rubén y exdirector del Centro Esperanza, compartió conmigo una vez su experiencia sobre lo que él llamó “lidiar con gente gándalla e irrespetuosa”.

Yo no tengo compasión con Sofía. Si me vuelves a poner como director, Rubén, yo te la corro, aunque llore y nos amenace con demandar. Es que Rubén le tiene mucha paciencia y la deja hacer lo que quiera ahí. Con el pretexto que está en silla de ruedas y que tiene una amiga abogada, lo tienen amarrado [a Rubén]. A mí no me importa que me demande, yo la quiero afuera.

Para mis interlocutores, las “formas de pedir” de Sofía eran un recurso de exclusión. “No eran las correctas”, afirmaba Óscar, quien señalaba que ella utilizaba frases como: “la gente lo pide”, “es lo que la comunidad pide”, “la gente me dice”, “la gente me pide”.

Las razones por las que establecieron su distancia social son un ejemplo de lo que Sayer (2005) llamó “límites morales”, es decir, la valoración de atributos morales considerados “positivos” para definir los límites de su identidad social frente a otros que no los cumplen. En palabras de Sayer:

Cuando el trazado de límites morales es de gran importancia para las personas, tiende a ir acompañado de una autorrepresión y vigilancia para mantener la conformidad, de manera que se confirme la imagen que tienen de sí mismos [2005: 182].

Lo que estas interacciones revelan es que las clasificaciones y categorías son productos de la dinámica misma de las relaciones vecinales. Cada calificativo funciona como un acto de demarcación, una mancha que degrada la identidad. Al clasificar a las personas,

se posicionan a sí mismos del lado respetable de la frontera moral. Así, la distancia social con Sofía es efecto de la socialización de esquemas de clasificación que sostienen las distinciones del espacio social.

En esta microdinámica de exclusión barrial, las prácticas discursivas, como el chisme, adquieren una productividad social en las interacciones categoriales (Tilly 2000). Como es el caso de Sofía, los rumores capacitistas y denigrantes ilustran lo que Wacquant (2023) denomina *infraestigmatización*. Esta corriente simbólica endógena surge en las interacciones privadas y se difunde a través de los chismes en redes de proximidad, operando el insulto o los rumores como una modalidad sutil de clasificación y control social (Wacquant 2023: 88). Al movilizar estos rumores, los vecinos de San Agustín ejercen una estrategia de *denigración lateral*, adoptando representaciones denigrantes que la sociedad dirige a entornos marginados y que se desplazan a sus vecinos para salvaguardar su estatus. Así, el chisme funciona como un vehículo cotidiano de violencia simbólica mediante el cual ciertos vecinos imponen una *mancha* que atenta contra el reconocimiento social de las personas catalogadas como indeseadas, trazando *in situ* las fronteras morales que determinan quién pertenece al *nosotros* respetable y quién debe ser excluido del espacio público.

La materialización de las fronteras morales

El sueño de Sofía de recuperar el huerto se derrumbó cuando se enteró de que Emilio la “había traicionado”. Fue un golpe muy duro para ella y le dejó resentimiento durante mucho tiempo. El nuevo colectivo Sembrando el Futuro de Emilio se conformó con los mismos integrantes del antiguo grupo, a excepción de Sofía. El capital cultural y simbólico de Emilio le permitió ser reconocido por las autoridades auxiliares de la colonia. “Eran su gente”. Ya excluida Sofía, la delegada recuperó la relación con Emilio, de la que pronto sacaría provecho. Emilio se acercó a las autoridades locales según los criterios morales mutuamente reconocidos.

La astucia de Emilio como nuevo líder –que, en realidad, era el “juego de signos de distinción” (Goldstein 2003) naturalizado, hecho cuerpo– afianzó un nuevo plan de acción en el quiosco. Algo que Sofía nunca pudo lograr. En cuestión de semanas, Emilio construyó un programa en el que se ofrecían clases de guitarra al aire libre, consiguió con otros líderes de la colonia árboles frutales para sembrar en el quiosco, e invitó todos los viernes a un sonidero que, según él, era “un

evento de música para señores: cumbia, danzón, entre otros, para que no lleguen jóvenes a hacer su desmadre”.

Una de las lecciones analíticas que estas interacciones dejan es que sirvieron como una suerte de dispositivos espaciales de diferenciación. La intención explícita de Emilio de que “no lleguen jóvenes a hacer su desmadre” revela que la materialización de las fronteras simbólicas no requiere actos de expulsión directa, basta, como en este caso, con reconfigurar las condiciones del espacio para que determinadas subjetividades dejen de caber en él. Esta armonización con los criterios internos de distinción y clasificación del barrio hace que Emilio se inscriba dentro de las subjetividades colectivas reconocidas como “buenos vecinos”. Ese reconocimiento en el “nosotros legítimo” implicó algunas ventajas para él. Una tarde en la que le ayudaba a sembrar guayabas en el quiosco me presumió “su oficina”, la caseta de vigilancia del parque. Allí tenía herramientas y árboles listos para sembrar. El préstamo lo consiguió con la delegada.

—“Mira, lo que conseguí”, dijo Emilio con una sonrisa de alegría.

—“Qué bueno –reviré– esa caseta la buscaba Sofía”.

—“Es lo que pasa a Sofía por ser tan problemática. La delegada me dijo que no quería nada con ella, porque eran puros problemas”, respondió con tono de seriedad. Confirmé con la cabeza.

El préstamo de las instalaciones ilustra cómo las fronteras simbólicas se negocian entre actores que se reconocen mutuamente como legítimos según los criterios moralizantes del espacio social. Al ser validado por las autoridades municipales auxiliares, Emilio obtuvo acceso a la administración de la caseta de seguridad del parque. En cambio, Sofía buscó ese mismo recurso y no lo obtuvo. La diferencia radica en la posición en la jerarquía espacial desde la que se formula la solicitud. La caseta se convierte en evidencia de cómo los límites simbólicos se traducen en una distribución desigual de recursos espaciales.

El desplazamiento de Sofía por Emilio muestra cómo las fronteras se negocian en cada interacción y se sedimentan en la reconfiguración material del espacio. El caso del parque del quiosco, al final de mi estancia, se había convertido en territorio del *nosotros* legítimo, que servía para que ciertos habitantes pudieran diferenciarse como grupos distintos dentro de la colonia, lo que hacía posible la producción de múltiples espacios dentro de San Agustín. La observación del desempeño empírico concreto, y no sólo dicho

como discurso teórico, de la movilización de categorías y clasificaciones demuestra que, en zonas marginalizadas, la porosidad de las interacciones cotidianas termina por configurar los modos y usos diferenciales del espacio urbano.

Conclusiones

La disputa por el huerto urbano en San Agustín permitió observar cómo las categorías morales de clasificación operan y negocian en las interacciones vecinales. Los habitantes movilizaron prácticas discursivas clasificatorias (“problemática”, “gandalla”, “gente mala”), rumores y evaluaciones de respetabilidad para trazar las fronteras simbólicas que organizan el espacio barrial. Al clasificar al otro, se posicionaban dentro del *nosotros* legítimo y establecían quién merecía ocupar simbólicamente el espacio público. Estas fronteras se negociaron en cada encuentro y terminaron sedimentándose en la reconfiguración del acceso a los recursos espaciales.

La literatura sobre fronteras simbólicas urbanas (Segura 2021; Wacquant 2023; Bayón 2024; Bayón y Moncrieff Zabaleta 2024; Moncrieff Zabaleta 2025) ha documentado la productividad de las categorías y clasificaciones a escala de barrio o de metrópoli. Este caso desciende a la pequeña escala entre un puñado de actores por un pedazo de tierra. Allí, en las conversaciones informales, en las reuniones del colectivo y en los intercambios con autoridades municipales auxiliares en el barrio, se observa cómo las jerarquías del espacio social se reproducen interacción por interacción. Las categorías morales en San Agustín se producen y reproducen colectivamente; no son sólo producto pasivo de imposiciones de discursos estigmatizadores externos. Los vecinos generan sus propias lógicas de diferenciación interna: sus criterios de respetabilidad, sus umbrales de tolerancia y sus mecanismos de distinción *nosotros/ellos*.

El enfoque a microescala me ayudó a elaborar una descripción granulada de los modos en que las fronteras simbólicas se producen, se negocian y se materializan en la vida diaria del barrio. El espacio simbólico se materializa en interacciones cotidianas, se inscribe en los cuerpos, se espacializa en el territorio y delimita umbrales concretos de inclusión y exclusión. Por último, este relato polifónico es evidencia de cómo, en territorios urbanos desiguales, las fronteras simbólicas (re)producen las desigualdades urbanas, teniendo como *efectos del lugar* la limitación en el acceso a oportunidades y a posibilidades de vivir vidas dignas en la ciudad.

Fuentes

- Auyero, Javier. 2001. *Poor People's Politics. Peronist Survival Networks and Legacy of Evita*. Durham: Duke University Press.
- Bayón, María Cristina. 2024. "De estigmas y clasismos: la criminalización de los jóvenes de sectores populares en América Latina". *Análisis Carolina*, núm. 2. doi: https://doi.org/10.33960/AC_02.2024.
- Bayón, María Cristina y Henry Moncrieff Zabaleta. 2024. "(In)justicia espacial y otredades en la Ciudad de México. Experiencias urbanas de jóvenes de la periferia oriente". *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 28, núm. 2: 59-84. doi: <https://doi.org/10.1344/sn2024.28.41948>.
- Bourdieu, Pierre. 1991. *Language and Symbolic Power*. Cambridge: Polity Press.
- Goldstein, Donna M. 2003. *Laughter out of Place. Race, Class, Violence, and Sexuality in a Rio Shantytown*. Berkeley: University of California Press.
- Lamont, Michèle y Virág Molnár. 2002. "The Study of Boundaries in the Social Sciences". *Annual Review of Sociology* 28: 167-195. doi: <https://doi.org/10.1146/annurev.soc.28.110601.141107>.
- Matossian, Brenda. 2018. "Desigualdades y fronteras (in)matrerials en San Carlos de Bariloche, Patagonia Argentina". *Finisterra - Revista Portuguesa de Geografia*, núm. 107: 107-123. doi: <https://doi.org/10.18055/finis11896>.
- Moncrieff Zabaleta, Henry. 2025. "Fronteras de gentrificación. Privilegio, desposesión y geografías juveniles en el centro de la Ciudad de México". *ACE: Architecture, City and Environment* 20, núm. 58: 1-22. doi: <https://doi.org/10.5821/ace.20.58.13236>.
- Monteverde Ávalos, Miguel Ángel. 2024. "La reproducción del estigma territorial. Dinámicas socioespaciales de una colonia popular en México". *Íconos - Revista de Ciencias Sociales*, núm. 80: 117-135. doi: <https://doi.org/10.17141/iconos.80.2024.5977>.
- Sabido Ramos, Olga. 2012. "Tres miradas sociológicas ante el extrañamiento del mundo". En *El extranjero. Sociología del extraño*, de Georg Simmel, 27-42. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Sayer, Andrew. 2005. *The Moral Significance of Class*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Scott, James C. 2016. *Los dominados y el arte de la resistencia*. Ciudad de México: Ediciones Era.
- Segura, Ramiro. 2006. *Cuadernos del IDES*, núm. 9. *Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico*, julio.
- Segura, Ramiro. 2009. "Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del Gran Buenos Aires". En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, editado por Alejandro Grimson, María Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura, 41-62. Buenos Aires: Prometeo Editorial.
- Segura, Ramiro. 2021. *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. Buenos Aires: UNSAM EDITA.
- Simmel, Georg. 2012. *El extranjero. Sociología del extraño*. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Strathern, Marilyn. 1997. "Double Standards". En *The Ethnography of Moralities*, editado por Signe Howell, 127-152. Londres: Routledge.
- Tilly, Charles. 2000. *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial Ediciones.
- Wacquant, Loïc. 2017. "Bourdieu viene a la ciudad: pertinencia, principios, aplicaciones". *EURE* 43, núm. 129: 279-304. doi: <https://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612017000200013>.
- Wacquant, Loïc. 2023. *Bourdieu in the City: Challenging Urban Theory*. Cambridge: Polity Press.
- Wacquant, Loïc. 2025. *The Poverty of the Ethnography of Poverty*. Nueva York: Oxford University Press.
- Watt, Paul. 2006. "Respectability, roughness and 'race': Neighbourhood place images and the making of working-class social distinctions in London". *International Journal of Urban and Regional Research* 30, núm. 4: 776-797. doi: <https://doi.org/10.1111/j.1468-2427.2006.00688.x>.